

## OSCAR BERMUDEZ

(1906-1980)

Dr. Raúl Ugarte Artola \*

El 28 de noviembre de 1980, mientras se desarrollaba el 31º Congreso Uruguayo de Cirugía, una grave enfermedad aquejó al profesor Oscar Bermúdez. Días después, un triste 2 de diciembre, se producía su desaparición física.

Su biografía, seguramente aparecerá teñida de un marcado subjetivismo, pues el maestro fue para mi el arquetipo del cirujano.

Nacido el 31 de julio de 1906, fueron sus padres don Ricardo Bermúdez y doña Antonia Martinelli, tuvo un solo hermano, Raúl, fallecido a temprana edad, cuya obra pictórica no muy conocida es de real valor. Hijo de un hogar humilde y modesto, desde niño tuvo que trabajar para contribuir al sustento de su casa.

Trabajando y estudiando se graduó como médico cirujano el 29-3-1934, luego de cumplir tres años como practicante interno del Ministerio de Salud Pública. Su vocación quirúrgica nació en las salas de anatomía, pero de 1935 a 1938 se desempeña como adjunto honorario en la Clínica Médica del profesor Juan Carlos Plá.

Seducido por la capacidad y experiencia de su maestro, estuvo a punto de abandonar su vocación quirúrgica y hacer medicina, pero a último momento se presentó al concurso de jefe de clínica quirúrgica de la facultad.

Al ganarlo, en 1938, ingresó a la clínica del profesor Clivio V. Nario, que fue su maestro durante 17 años y hacia el cual profesó siempre gran admiración, respeto y afecto.

En 1945 y luego de un duro concurso de pruebas, accede al cargo de profesor agregado de cirugía, que desempeña durante 12 años y en el cual fue descollante su actuación en la enseñanza de la semiología, a la cual consideraba de valor primordial para lograr éxito en la clínica.

Entre 1956 y 1958 es profesor titular de medicina operatoria, donde organizó un curso intensivo de Medicina operatoria para graduados, sobre cirugía general y especialidades quirúrgicas, que duró 2 años. De 1959 a 1963, es profesor titular de patología quirúrgica y el 2 de marzo de

1963, toma posesión del cargo de profesor titular de clínica quirúrgica.

Paralelamente a su carrera universitaria actuó en el Ministerio de Salud Pública, donde ingresó por concurso de oposición como médico del servicio de asistencia externa en 1949 y como cirujano de guardia del hospital Maciel en 1953.



\* Rev. Cir. Uruguay. Vol. 51, Nº 3: 199-201, may./jun. 1981.

Concurrente habitual a las sesiones de la Sociedad de Cirugía del Uruguay, ejerció su presidencia en 1960 y al año siguiente la del 12º Congreso Uruguayo de Cirugía.

Estuvo siempre muy ligado a los cirujanos argentinos, entre los cuales tuvo grandes amigos como los doctores Guillermo Cottini y Emilio Etala.

En la etapa formativa, concurrió a la Argentina a cursos de perfeccionamiento sobre cirugía esofágica en el servicio del doctor Ressano y de cirugía torácica en la clínica del profesor Brea. La cirugía torácica lo cautivó y durante muchos años la realizó con singular capacidad.

Asiduo asistente a los congresos argentinos de cirugía fue relator en una mesa redonda del 32º Congreso Argentino Sobre Tórax Agudo Quirúrgico.

En reconocimiento a su larga y fecunda actuación se le nombró miembro titular de los congresos y de la Asociación Argentina de Cirugía y miembro correspondiente extranjero de la Academia Argentina de Cirugía.

En 1963 es nombrado Fellow del American College of Surgeons. El 30-10-79, se le confiere el título de profesor emérito de la Facultad de Medicina de Montevideo. Publicó pocos trabajos, destacándose los relatos y contribuciones a varios congresos y los de carácter docente, sacrificaba el número, que se acumula fácilmente con los trabajos de casuística, a la utilidad y al interés de quienes deben aprender; esa era su opinión.

Publicó dos libros: "Temas de patología ósea y articular" y "Cuadros agudos de tórax", que hoy, a más de 20 años de editados, son aún textos de consulta.

En 1939 se casó con Carmen Sámano, mujer inteligente, activa y comprensiva que compartió con él los triunfos y los sinsabores de la azarosa vida de cirujano e hizo del hogar el lugar de reposo y de recuperación de las energías gastadas en el duro trajín quirúrgico. Los fines de semana se iba a su casa en la playa donde llevaba material para estudiar en calma y además realizaba tareas manuales de albañilería y jardinería, en las cuales ponía de manifiesto la ingeniosidad de sus manos. Gran bailarín, amante del tango y la milonga, perseverante y leal con sus amigos formaba una "barra" con José P. Migliaro, Juan J. Crottogini, Eduardo Schaffner y Juan Curbelo, todos los cuales fueron también profesores titulares, que se reunían todos los viernes a cenar en un "rancho" del Buceo, donde Bermúdez mostraba sus habilidades de gran cocinero, tanto en la parrilla como en la postería. El mismo grupo iba de campamento todas las semanas de turismo a la barra del Arroyo San Juan, en Colonia.

Bermúdez era un gran madrugador, se levantaba a las 5 y 30, todos los días, y realizaba una caminata con su perro, de los que tuvo varios, a los cuales, en su momento, les profesó un gran cariño.

Aseguraba que las primeras horas del día, eran las más adecuadas para estudiar. La mente estaba fresca y lúcida y no molestaban los perturbadores ruidos del tránsito urbano.

Llegaba al hospital antes de las 8, alegre, activo y cordial.

En su servicio era liberal, desinteresado, generoso, abierto a las diversas corrientes del espíritu y del quehacer humano, sólo en una cosa era inflexible, las faltas a la ética o a la moral médica.

En su clase inaugural dijo: "la enseñanza de la clínica procura proveer al graduado de una formación básica, sólida, para 'ubicarse' correctamente en las situaciones quirúrgicas, la enseñanza de la cirugía tiene como objeto, dotarlo de los medios que le permitan afrontar la completa responsabilidad de la atención quirúrgica" y más adelante "la riqueza de métodos auxiliares de diagnóstico no autoriza a su uso indiscriminado ni a su sobreestimación, olvidando que son utilizados por seres humanos que también se equivocan".

Esos eran los conceptos que dirigían la actuación docente del profesor Bermúdez.

Su vocación docente y su desinterés por el dinero fueron tales que su vida transcurrió en medio de grandes dificultades económicas, no obstante lo cual cuando accedió a la cátedra, renunció a su cargo de cirujano de Médica Uruguaya, para disponer de más tiempo para la docencia. Antepuso el interés de la facultad a su propio interés y era su orgullo no haber renunciado nunca a ninguna función que le hubiera encomendado la Facultad de Medicina, de la cual además fue consejero. Cuando por imperio de los reglamentos cesó en su cargo de profesor titular, continuó impartiendo docencia honorariamente en la clínica del profesor Rubio.

Se brindó por entero a su profesión de cirujano y a su condición de maestro, con dedicación silenciosa, altruista y permanente, sin honorarios ni circunstancia de fuga.

Profundamente humano, el enfermo en singular, es la razón de ser de su acción, el destinatario final de su esfuerzo, el único patrón que servirá para juzgar la validez o inconveniencia de todo lo actuado.

La cirugía fue en sus manos, una meditada reparación fisiológica. En sus últimos años operaba sólo en Impasa, institución a cuya creación contribuyera en forma fundamental, hasta que un día nos anunció: *no voy a operar más*, cuando aún todos considerábamos que podía hacerlo. Una resolución que fue sin duda la más dolorosa de su vida, pero también la más grandiosa. Captó el descenso inexorable de su capacidad quirúrgica en el momento oportuno y en un acto de perfecta autocritica puso fin a su quehacer quirúrgico, rescatando inmaculada la imagen de eximio cirujano antes del desgaste.

El legado que deja a la posteridad el profesor Bermúdez es el ejemplo de su vida humilde, modesta, desinteresada, sin dejarse tentar por la gloria ni por el dinero. Luchó y triunfó con una admirable simetría entre la prédica y la práctica en su profesión de cirujano y docente.